

á sus propios maridos; el atemorizarlos con que los matarian, y llegar á matarlos por quererlo defender; acción de tanto sentimiento para la nación catalana, que ella sola basta, cuando faltasen todas, para tener con ira los corazones mas empedernidos <sup>(1)</sup>.» Por último, al final de su libro inserta un largo catálogo nominal de las personas principales de Cataluña, señoras, duques, marqueses, condes, señores de vasallos, nobles, caballeros, prelados, eclesiásticos, religiosos, consejeros, doctores, oficiales de guerra, y otros desterrados y encarcelados, ó que habian perdido las vidas, ó las haciendas, ó los empleos y dignidades.

Esto explica por qué los naturales del país, y en especial los de algunas ciudades y comarcas, no ayudaban ya á los generales franceses como hubieran podido, ó defendian con menos teson las plazas, ó recibian ya con gusto las tropas de Castilla.

La guerra de Portugal se habia hecho mucho mas flojamente que la de Cataluña. El rey de Castilla no se dejó ver nunca por aquella frontera, y don Juan IV. de Braganza se iba afirmando en el trono á favor de un gobierno prudente y suave y de la debilidad en que España habia caido. Hasta 1644, al cuarto año de consumada su revolución, se puede decir que no hubo verdadera campaña por aquella parte. Y aun apenas

(1) Rocaberti: Presagios fatales, cap. I.

merece este nombre la que pudo hacerse con un ejército de siete mil hombres de todas armas, que fué el máximo de las tropas que con gran trabajo y esfuerzo logró reunir el marqués de Torrecusa, nombrado general de aquel ejército. Subia ya el de los portugueses á doce mil hombres, contando los auxiliares y aventureros franceses y holandeses que se le habian reunido. Mandábale Matías de Albuquerque, el cual tenia ya pretensiones de amenazar á Badajoz. Acometió primero el portugués y tomó las villas de Montijo y Membrillo, taló campiñas, incendió poblaciones y se dirigió luego á buscar á Torrecusa resuelto á medir sus armas con él y darle batalla. Celebrado consejo de generales españoles, se acordó salir al encuentro del portugués para ver de enfrenar su osadía. Llevaba Albuquerque ocho mil hombres; no llegaba á tanto la gente de Torrecusa. Encontráronse ambos ejércitos cerca de Montijo, uno y otro con ansia de pelear. El de Albuquerque arengó á los suyos, y supónese que no dejó de recordarles la gloriosa batalla de Aljubarrota. Peleóse, en efecto, por ambas partes con ardor (junio, 1644), y hasta con la ira y el corage de dos pueblos que refrescan antiguas antipatías. Perdieron los portugueses mas gente que los castellanos, y dejaron en poder de estos la artillería. Pero es lo cierto que ambos ejércitos quedaron harto destrozados; y lo notable fué que uno y otro se atribuyeron la victoria, y que esta se celebró con regocijos públi-



cos en Lisboa y en Madrid <sup>(1)</sup>. Tras esto rindió Torrecusa algunos lugares poco importantes. Por la parte de Galicia el marqués de Tabora, por la de Ciudad-Rodrigo el duque de Alba, redujéronse á acometer y resistir pequeñas empresas, de desolacion y ruina para los pueblos, de ningun resultado decisivo por ninguna de las partes.

Siguió arrastrándose lánguidamente en los años siguientes la guerra de Portugal, ocupadas y concentradas la atencion y las fuerzas de Castilla en Cataluña, y no porque dejaran de renovarse allí los generales, como en Cataluña sucedia tambien. En 1645 reemplazó allí el marqués de Leganés al de Torrecusa, que pasó al vireinato de Milan, y por parte de los portugueses substituyó al de Alburquerque el conde de Castel Melhor. Todo lo que uno y otro hicieron fué que el de Leganés se puso sobre Olivenza (octubre, 1645), se apoderó de un fuerte, minó é hizo saltar dos arcos, taló las cercanías de Villaviciosa, y tomó á Telená, donde construyó una fortaleza, mientras Castel Melhor se internaba hácia Badajoz y se llevaba algunos prisioneros; despues de lo cual, avanzada ya la estación, cada cual regresó á sus cuarteles.

Trasladado el año siguiente el marqués de Leganés al vireinato de Cataluña, confiése el mando de nuestro ejército de Portugal al baron de Molinghen,

(1) Vivanco: Historia MS. de me.—Laclede: Historia general de Felipe IV.—Soto y Aguilar: Epitome de Portugal.

flamenco, que era ya general de la caballería. Limitóse el de Molinghen en los años 1646 y 47 á detener y resistir dos invasiones que el portugués con todo el grueso de su ejército, ya bastante aumentado, intentó sobre Badajoz, la una desde Elvas, la otra desde Olivenza. Siempre despierto y siempre firme el general de las tropas de Castilla, no solo contuvo denodadamente aquellas dos irrupciones, sino que armando diestras emboscadas á los portugueses, les hacia daños de consideracion y los escarmentaba cada vez que aquellos padecian el menor descuido.

Pero es vergüenza que al cabo de siete años de hechas las dos revoluciones, catalana y portuguesa, todo el poder de la nacion española no alcanzára á hacer mas progresos por la parte del Segre que los que atrás hemos visto, y que por la parte del Guadiana se redujera todo á la trabajosa y miserable defensiva que acabamos de ver. Lastimoso cuadro de impotencia era el que se ofrecia á los ojos del mundo en uno y otro extremo de la Península. Al fin si don Juan IV. de Portugal no hizo conquistas sobre Castilla, harto era para él conservar la integridad de su territorio, aumentar y organizar su ejército, y afirmar y consolidar su trono.

Con mas vigor y con mas actividad, aunque para desdicha nuestra, se hacia la guerra en los Países Bajos, allá donde la Francia tenia particular empeño en quebrantar el poder de España, y aun en acabar con



sus últimos restos, que estaban allí representados. Unida para esto mas estrechamente con la república de Holanda por el tratado de 1644, de que dimos noticia, y nombrado el duque de Orleans para el mando de aquel ejército en reemplazo del príncipe de Condé, sitió y batió el de Orleans en toda forma (julio, 1644), y nos tomó la plaza de Gravelines, sin que pudieran darle oportuno socorro ni don Francisco de Melo, ni el conde de Piccolomini, que por este tiempo llegó á Flandes. Y en tanto el príncipe de Orange con sus holandeses se apoderaba de algunos fuertes, y sobre todo de el de Saxo de Gante, importantísima plaza, aunque pequeña, porque abria la puerta á todo el Brabante, y desde allí rompiendo los diques se podia inundar la campiña de Gante. Estas pérdidas, que pusieron término á la campaña de 1644 en los Países Bajos, acabaron tambien con el crédito del general español don Francisco de Melo, marqués de Torrelaguna, á quién públicamente y á voz llena llamaban los naturales inepto y flojo, y cuya separacion fué por lo tanto bien recibida.

No nos faltaban allí todavía buenos y muy calificados capitanes, pero faltaba unidad y faltaban recursos; y de estas dos faltas supo aprovecharse bien el de Orleans en la campaña siguiente de 1645. Los nuestros defendian las plazas con valor y hasta con obstinacion, pero no habia aquel concierto y aquella combinacion que es necesaria entre los cabos y entre

las tropas de un pais para darse la mano, auxiliarse y robustecerse mutuamente. Asi á pesar de las buenas defensas que se hicieron, y de haber acudido de Alemania el duque Carlos de Lorena, que hizo el servicio de arrojar de Flandes á los holandeses, perdimos sucesivamente los fuertes y plazas de Waudreval, Cassel, Mardik, Link, Bourbourg, Menin, Armentieres y otras, bien que algunas reconquistó el general Lamboy, que mandaba un cuerpo de nuestras tropas. En cambio el duque de Lorena y el conde de Fuensaldaña sufrieron un terrible golpe en Courtray, y el de Lorena nuestro aliado perdió plazas que pasaban por inconquistables.

Fuerte de treinta mil hombres era el ejército del duque de Orleans en Flandes en 1646, que dividió en tres cuerpos para poder subsistir mejor: sus generales, el duque de Enghien, Gassion y Rantzan. Juntas nuestras fuerzas, con los generales duque de Lorena, Piccolomini, Fuensaldaña, Carmona, Bech y Lamboy, formaban todavía un total de veinte y cinco mil hombres. Pero daba grande ayuda á los franceses la república de Holanda, cuyas naves dominaban el mar. En esta campaña sufrimos pérdidas de mucha consideracion. Courtray, sitiada y atacada por todo el ejército francés, tuvo que rendirse despues de una gloriosa defensa, Mardik, que habia sido reconquistada por los nuestros, volvió á poder del duque de Orleans, que recobrada esta plaza regresó á París, de-



jando el mando del ejército al de Enghien, el cual comenzó por rendir á Furnes, y acabó la campaña de aquel año por apoderarse de Dunkerque (7 de octubre), sin que fuera bastante poderoso ó activo Piccolomini para socorrer á Dunkerque, como no lo había sido Lorena para dar socorro á Courtray. El de Lorena perdió la plaza de Logwi, única que le quedaba en sus estados <sup>(1)</sup>.

Tal serie de pérdidas y tal cadena de reveses puso en el mayor cuidado á la corte de Madrid, que para no acabar de perder lo de Flandes no halló ya más arbitrio que pedir ayuda y protección al emperador de Alemania. Muchos motivos tenía el austriaco para no negarla. Sobre haber sido constantemente unos mismos los enemigos de las dos ramas de la casa de Austria, nunca España había negado sus poderosos auxilios al imperio, antes los había prodigado siempre, y ahora que España necesitaba del imperio, no podía éste faltarle sin nota de ingratitud. Precisamente le daban algún respiro las escisiones entre suecos y franceses. Y además acababan de estrecharse los lazos de familia por medio del segundo matrimonio del rey Felipe IV. que se había ajustado por este tiempo con la archiduquesa Mariana, hija del emperador Fernando III <sup>(2)</sup>. Accedió pues el emperador á dar la protec-

(1) Historia de las Provincias Unidas de Flandes.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV.—Guillermin: His. MS. del duque Carlos de Lorena.  
(2) Las cortes, muerto el príncipe don Baltasar Carlos, invitaron al rey á que contrajera segundas

ción que se le pedía, siempre que se nombrara virey de Flandes al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habían tenido el archiduque Alberto y el cardenal infante de España, condición que pareció bien á los ministros españoles, porque la autoridad concentrada en manos de un príncipe era lo que podía hacer cesar los celos y disidencias entre los generales de Flandes, que en mucha parte habían sido la causa de tantas desgracias. Hízose pues un nuevo pacto de amistad entre las dos casas de Austria y de España. Pero á su vez la Francia celebró otro tratado de confederación con la reina de Suecia, el duque Maximiliano de Baviera, el elector de Colonia y el príncipe Maximiliano Enrique y todas sus provincias, ejércitos, obispados y dinastías <sup>(1)</sup>.

Llegado que hubo el archiduque á Bruselas, procuró acreditarse recobrando algunas de las plazas que nos habían conquistado los franceses. Recuperó en efecto á Armentieres, tomó á Landrecy (mayo y junio,

nupcias para que no quedara sin sucesión el trono. Felipe eligió á la archiduquesa Mariana de Austria. Don Diego de Aragon, embajador en Viena, fué el encargado de esta negociacion. El 2 de abril (1647) se dieron por acordadas las capitulaciones entre ambas cortes, y el 17 de julio de 48 se publicaron las bodas en Madrid. El conde de Lumiares fué como embajador extraordinario á llevar las joyas á la reina.  
*dovicum XIV. Gallie et Navarre, Reginam Sueciae Dominam Ameliam Elisabetham, administratricem Hassie inferioris..... tum ex altera parte inter electorem Maximilianum Ducem Bavarie, et universam domum electoralem. Electorem Coloniae, et principem Maximilianum Henricum, ipsorum provincias et Mercitus, etc., in ita Ulme Suevorum, die 14 martii anno 1647.—Pacta Gallie, cap. LXXI.*

(1) *Transactio inter Regem Lu-*



1647), á Dixmude y algunas otras fortalezas; pero en cambio los mariscales Gassion y Rantzan se apoderaron de la Bassée, de la Exclusa, que hicieron demoler, de Lens, cuyo sitio acabó Rantzan, herido en él mortalmente Gassion (julio y agosto, 1647), y frustraron la tentativa que el archiduque hizo sobre Courtray. La campaña acabó por una reñidísima acción cerca de Lens entre el archiduque, el general Beck y el príncipe de Ligne de una parte, el príncipe de Condé, Grammont y Chatillon de otra, en la cual, después de llevar los alemanes y españoles arrollada una gran parte del ejército francés, por precipitación del archiduque y desorden con que marcharon los nuestros creyéndose ya vencedores, dieron lugar á que Condé aprovechára hábilmente aquella imprudencia, y volviendo sobre el ala izquierda, y arremetiéndola furiosamente fué sucesivamente derrotando izquierda, centro y derecha, huyendo el archiduque en desorden con las cortas reliquias de su destrozado ejército. Perdiéronse entre muertos, prisioneros y heridos sobre ocho mil hombres; entre estos últimos lo fueron mortalmente los generales Beck y príncipe de Ligne, con los mejores oficiales: quedaron en poder del enemigo treinta y ocho cañones, muchas banderas y todo el bagage <sup>(1)</sup>. El desastre fué completo para nos-

(1) Hay entre los historiadores todos los hechos de esta clase. respectó al resultado material de esta batalla la misma discordancia que generalmente se observa en Unos hacen subir el número de muertos á ocho mil, y á cinco mil el de los prisioneros: otros supo-

otros, y vino, por si algo faltaba todavía, á acabar de convencer á la córte de Madrid de que era ya imposible sostener la guerra en los Países Bajos, por lo menos si no se daba á la política otro rumbo.

Tiempo hacia que se trataba de una paz general entre todas las potencias y príncipes de Europa. Los primeros tratos habian comenzado en 1644 en Hamburgo, pero las verdaderas negociaciones no se entablaron hasta 1644, celebrándose conferencias al mismo tiempo en Osnabruck y en Munster, concurriendo al primero de estos puntos los enviados del emperador, de los Estados del imperio y los de Suecia, y al segundo los plenipotenciarios del emperador, los de Francia, España y otras potencias. Hizose así para evitar cuestiones de preeminencia entre Suecia y Francia, pero considerándose las conferencias como si se celebraran en un solo punto para las condiciones del tratado definitivo. España envió primeramente á Munster en calidad del plenipotenciario al célebre escritor don Diego de Saavedra Fajardo, que estuvo hasta 1646, y después fueron enviados con poderes especiales el conde de Peñaranda don Gaspar de Bracamonte, Fr. José de Bergaño, arzobispo

nen ocho mil prisioneros, y limitando con el interés encontrado el número de los muertos á que han podido tener en aumentar mil quinientos, etc. Nosotros, según nuestra costumbre, tomamos siempre menos de averiguar la exactitud numérica de los muertos ó heridos, que del resultado sustancial y moral de la batalla.



cameracense, y Antonio Brun, del consejo de Flandes. Hasta Cataluña envió también al regente de la audiencia de Barcelona, Francisco Fontanella, para que informara el plenipotenciario de Francia de los usos, leyes y costumbres del Principado.

No nos incumbe hacer la historia, que sería larga, de las diferentes fases que fueron tomando estas negociaciones en su último período, que duró cuatro años, ni de las dificultades que cada día ocurrían para venir á una solución satisfactoria, ni de las varias combinaciones que se proponían, se deshacían ó se modificaban, ni de los obstáculos y contrariedades que ocurrían, como era propio y natural en asunto tan complicado y difícil, y en que se cruzaban tan opuestas pretensiones y tan encontrados intereses de tantas naciones y de tantos príncipes. Todos tenían interés en la pacificación, pero todos aspiraban á sacar de ella su provecho propio mas de lo que los otros consentían. Intentaba la Francia quedarse con los Países Bajos en cambio de Cataluña, con cuya mira procuraba disuadir á los holandeses de hacer una tregua con España, al mismo tiempo que el príncipe de Orange recibía avisos de que Francia y España andaban en negociaciones secretas; y cuando la corte española remitía á la reina de Francia sus condiciones de paz, los plenipotenciarios franceses hacían confianza de ello á los de Holanda, que se mostraban resentidos. La reina pedía la Navarra, y consentía en

el matrimonio de la infanta de España con el rey su hijo, y por último hacía al monarca español árbitro de la paz, respuesta que oyeron con sorpresa y con recelo los españoles. Cuando se iba ya arreglando un acomodamiento entre España y la república holandesa, advertían los holandeses cierta lentitud por parte de la Francia para la marcha de las negociaciones que se les hacía sospechosa, lo cual los movió á tratar particularmente con los españoles.

Iguales ó parecidas dificultades y complicaciones ocurrían cada día entre Francia, Suecia, Roma, el Imperio, y los demás príncipes que tenían intervención en el tratado.

Al fin, después de muy largas y muy laboriosas negociaciones, el 24 de octubre de 1648, se concluyó el tratado de paz en Munster, donde algunos días antes se habían reunido los plenipotenciarios de Osna-bruck. El famoso tratado de Munster, que se nombra mas comunmente de Westfalia, por pertenecer ambas ciudades al círculo así llamado, estableció la paz entre la Francia y el imperio, puso término á la guerra de *Treinta años*, fijó de una manera definitiva y estable la constitución política y religiosa de Alemania y le dió verdaderamente su organización moderna: por él se cedió á la Francia la Alsacia; á la Suecia la Pomerania y otros territorios; se determinó la independencia de los diferentes Estados del imperio, y se secularizaron varios obispados y abadías, lo cual



produjo solemnes protestas del papa contra este convenio.

Por lo que hace á España, lo importante y lo trascendental fué el reconocimiento que hizo de las Provincias Unidas de Holanda como nacion libre é independiente, quedando cada una de las dos potencias con lo que poseia, y declarándose libre para entrambas naciones la negociacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. El tratado se hizo sin conocimiento del cardenal Mazarino, que se quedó asombrado cuando lo supo; quejóse altamente de la ingratitud de los holandeses, y redobló sus esfuerzos y sus intrigas para separar la casa de Austria de la de España (1).

Esta paz fué el término de las sangrientas y calamitosas guerras que por más de ochenta años, desde los primeros del reinado de Felipe II., sostuvieron sin

(1) Woltman, Historia de la Paz de Westfalia, 2 volúmenes, Leipsick.—Schiller, Historia de la guerra de Treinta años.—Latreil, y Limiers, Historia del reinado de Luis XIV.—Vivanco, Historia MS. de Felipe IV.—Poderes dados por Felipe IV. á sus plenipotenciarios, marqués de Peñaranda, etc., para tratar de la paz con los holandeses, en Zaragoza á 6 de junio de 1646.—El tratado consta de 79 artículos, fundados todos sobre las bases que hemos indicado, y se encuentra en todas las colecciones de Tratados de paz.

El texto castellano comenzaba: «Don Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, etc.—

»Sea notorio á todos, que despues de largo tiempo de guerras sangrientas, que por tantos años han afligido los pueblos, súbditos, reinos y tierras de los señores rey de España y de los Estados de las Provincias Unidas de los Países Bajos; é los Señores Rey y Estados, movidos de compasion cristiana, y deseando poner fin á las calamidades públicas y atajar los futuros subcesos y inconvenientes, daños y peligros de la continuacion de las dichas guerras de los Países Bajos, que podrían causar, y aun por una estension en otros Estados, países y mares mas remotos, etc., etc.»

mas interrupcion ni descanso que la tregua de doce años, aquellas desgraciadas provincias contra todo el poder de España, la nacion entonces mas poderosa del orbe; guerras en que se consumieron los tesoros del Nuevo Mundo por cerca de un siglo, y en que se derramaron rios de sangre flamenca y española. Con la paz de Munster quedó puesta de manifiesto á la faz del mundo la impotencia de España; pero por mas que las condiciones del tratado fuesen desventajosas y humillantes para la nacion española, la situacion á que ésta habia venido por una série de fatales circunstancias, no hacia posibles ya otras en que saliéramos mas aventajados.

Mazarino y la córte de Francia, cuyo reino seguia gobernado por una reina española de la dinastía de Austria, no cesó, sin embargo, ni retrocedió en su plan de separar los intereses de las dos monarquías de la rama austriaca, y este fin llevaba el que se celebró entre la Francia y el imperio en la misma ciudad de Munster (1). La paz de Westfalia dió ya otro giro á los negocios de Europa, pero si otros Estados pudieron disfrutar de ella, por desgracia la guerra continuó entre Francia y España y entre España y Portugal, como adelante veremos.

(1) *Instrumentum, sive Tractatus Legatos plenipotentiarios Sacratatus Paris, signatum et obsignatum Monasterii in Westphalia, Christianismæ, etc.*—Pacta Galliæ, cap. LXXIV.